Caracterización del exilio como una figura de la exclusión

Circe Rodríguez Pliego

Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades

Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México

aurincrp@gmail.com

Resumen

El presente artículo es una primera aproximación al estudio del exilio como figura del lenguaje, que pone en cuestión los discursos imperantes. Para tal efecto se proponen tres aspectos a considerar. La mediación del lenguaje por aparatos de poder que delimitan sus capacidades enunciativas y determinan las relaciones que a partir de él se establecen. El exilio como una práctica que cuestiona los discursos estatales en torno a la ciudadanía y los derechos humanos. Y la fuerza retórica del lenguaje que imposibilita clausurar sus sentidos y significados. De esta manera, se considera que una aproximación retórica al exilio le confiere una condición crítica que le permite desbordar los discursos dominantes.

Palabras clave: exiliado, ciudadanía, figura retórica

Abstract

The present paper is a first approach to the study of exile as a language's figure that question the prevailing discourses. For this purpose, three aspects are proposed to be considered. The language's mediation by power apparatuses that delimit their enunciative capacities, and determine the relationships that are established from the language. Exile as a practice that questions state resources around citizenship and human rights. And, the rhetorical force of language that makes it impossible to close their senses and meanings. In this way, it is considered that a rhetorical approach to exile confers a critical condition that allows it to overflow the prevailing discourses.

Keywords: exiled, citizenship, figure of speech (rhetorical figure)

En el campo para refugiados conocido como la Jungla, cercano a la ciudad de Calais Francia, un grafiti marca el espacio bidimensional de la pared; pasaría desapercibido si fuese producto de algún joven habitante de la Jungla, pero no es así, pues su autoría fue adjudicada a Banksy, un artista callejero de gran renombre en la actualidad, cuya obra se vende en las galerías londinenses en miles de libras.

El desconocido Banksy¹ se apropia del muro para grafitear la imagen de un hombre en actitud de andar, en la mano izquierda lleva un saco en el que resguarda, suponemos, las pocas pertenencias que le atan simbólicamente a su lugar de origen; quizá objetos prácticos, como una muda de ropa, que le permitan sobrevivir en la Jungla el tiempo necesario para que se le conceda asilo en Francia o para ser deportado al país del cual ha huido, o tal vez ,algún papel de identidad. La mano derecha está ocupada sosteniendo una máquina.

Barba cerrada, lentes, nada extraordinario encontramos en su rostro y, sin embargo, nos resulta sumamente familiar. Será porque lo hemos visto un sinnúmero

¹Desconocido porque el papel que desempeña dentro del “mundo del arte” está construido a partir del misterio: no se sabe su nombre legal, ni se conocen sus características físicas. Trabaja en la calle de manera anónima.

de veces, al menos en cinco ocasiones ha ocupado la portada de la revista *Times*. En el marco del llamado flujo migratorio, las migraciones, desplazamientos, traslados de cientos o miles de personas, Banksy caracteriza a Steven Jobs, el fundador de la multimillonaria marca Apple, como un refugiado. La asociación no es fortuita, pues el padre biológico del magnate² fue un inmigrante sirio de nombre Abdulfattah Jandali. El trabajo de Banksy puede leerse como una defensa de la migración, la apertura a los habitantes de otras latitudes puede representar ganancia múltiples para los países de acogida. Finalmente, nadie sabe si un inmigrante es un visionario en potencia que hará multiplicar las ganancias en las bolsas de valores. Apegándome a esta interpretación, el grafitero aboga por la potencia benéfica de la inmigración, algo que no nos atreveríamos a negar. Sin embargo, ¿habría que aceptar al otro por los provechos que pueda implicar al Estado? ¿O su inclusión tendría que deberse a su condición humana, la riqueza que aporta el intercambio cultural, etcétera? La respuesta, aunque parece simple, puede no serlo del todo. Me interesa señalar algo diferente: la lectura realizada de la imagen en el campo de refugiados, aunque bien intencionada, omite las dificultades que subyacen en la figura del exiliado, así como la fuerza disruptiva que puede tener sobre el discurso.

Por mi parte, planteo el exilio como una figura que evidencia los ejercicios de poder sobre el discurso, así como la intención de controlar lo que se dice y por supuesto a quien lo dice. De esta manera, el exilio como figura de pensamiento hace patente que el control es y ha sido una forma recurrente en la racionalidad que ha instrumentalizado el lenguaje y las relaciones que a partir de él se construyen.³

² No obstante, fue adoptado por una pareja norteamericana Paul y Clara Jobs.

³ De acuerdo al título que encabeza este escrito, pretendo centrarme en el exilio y sus repercusiones en el discurso, precisamente en el discurso político, pero he comenzado hablando de la migración. ¿Tendrá alguna relevancia realizar una distinción? Parece que la historia va produciendo conceptos que no necesariamente formaron parte del vocabulario de antaño; si la distinción exilio-migrante parecía simple y se centraba de manera un tanto reduccionista en el factor económico como motivación del migrante y el aspecto político del exiliado, categorías como los refugiados, expatriados e incluso apátridas, evidencian complejas tramas en donde la migración es forzada, los refugiados buscan preservar la vida y la integridad de cara a conflictos bélicos o políticos, y puede que el exilio no sea resultado de una acción por parte del sujeto, sino de cierta condición que escape de su control. Lo anterior no tiene el afán de generalizar, pretende mostrar la dificultad de producir estancos; así como distinciones que produzcan nuevas marginaciones. Por ejemplo, el periódico español *eldiario.es*, en un artículo titulado “¿Exiliados o inmigrantes?”

El exilio separa a los individuos de su contexto, suprime sus vínculos con un lugar y una lengua. Mediante esta práctica, los regímenes de poder buscan ordenar los espacios, negando a quienes no comparten el decir oficial.

No obstante, una aproximación crítica al problema permite analizar los discursos que legitiman y constituyen los Estados nacionales y aquellos otros que plantean que todo ser humano tiene garantizados ciertos derechos por el solo hecho de existir.

I

En los albores de la modernidad, Hobbes argumentaba sobre la necesidad de que el Estado controlara la significación, de manera que la interpretación pública, que por otro lado era considerada la válida, determinara cuál era el discurso verdadero. De manera que por resolución oficial, lo público convierte lo común en un asunto del Estado. La verdad deja de ser considerada en términos de verificabilidad para volverse cuestión de autoridad (Villegas 32). El lenguaje será el lugar de la verdad, sí y sólo sí es regulado por la organización estatal. Es importante recalcar que la intención del escritor inglés era controlar la significación; sin embargo, su propuesta nos permite resaltar algo que no necesariamente era relevante para él: la dificultad de sostener que el discurso se limita a describir la realidad y, que por tanto, el decir es ajeno a la política.

Controlar la significación implica garantizar la unidad frente a la pluralidad, dejando en claro que existe un discurso oficial que representa a la totalidad de la nación; y como tal decir se hace extensivo al conjunto de personas que habitan en ella, entonces se da por verdadero. El anverso de dicha situación implica que la exclusión no es un asunto de sujetos empíricos, aunque estos sean los directamente afectados, sino de procedimientos discursivos, al distinguir lo verdadero de lo falso,

muestra las connotaciones y el uso de estos términos en la sociedad española: exiliados son los españoles, mientras que los pobladores de otras latitudes que llegan a España son considerados migrantes, no obstante que el desplazamiento de unos y otros esté condicionado por el factor económico; la distinción se sustenta en aspectos raciales (Lezaola).

al prohibir determinadas cosas y permitir otras; a través de la separación y el rechazo, los discursos producen exclusiones.

Es decir, el discurso no es el medio a través del cual se comunican mensajes; en palabras de Foucault, “no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault 6). Controlar el discurso implica determinar qué se puede decir, pero también que es factible pensar; establece quienes son los sujetos que pueden hablar y quienes no tienen esa posibilidad.

El discurso está en conformidad con usos y reglas que son determinados por los saberes, las academias, las universidades, etcétera. Otros agentes que ejercen los límites y controlan los discursos son los poderes políticos, por supuesto los Estados y sus formas de gobierno. En el discurso se hacen patentes los mecanismos de control y exclusión, entre los cuales, señala Foucault, el de lo prohibido es el más evidente.

Dado que las instituciones deciden la significación y los aparatos de poder persiguen determinarla, se produce un conflicto entre aquellos que limitan el uso y los usos de las palabras y quienes intentan apropiársela. Conflicto que intenta ser resultado, al menos momentáneamente, a través de acciones de resistencia que persiguen tomar la palabra, luchan por alterar “las identidades, las funciones, las capacidades existentes en la configuración de la experiencia dada” (Rancière). Si pensamos que el exiliado emite un discurso que se opone, en algún sentido, al oficial, deja ver que en él no hay ni unidad, ni totalidad, ambas son apuestas ficticias que obvian la diversidad de voces y pensamientos.

El lenguaje no es un instrumento comunicativo neutro,⁴ al contrario, es un campo de batalla en el cual y por el cual se lucha; aseveración que bajo ningún motivo se limita a los contenidos del discurso: se refiere también a la posibilidad misma de decir.

Aunado a lo anterior, en el lenguaje encontramos figuras que exceden la voluntad del hablante y su necesidad de controlar el discurso, es decir, hace patente que el len-

⁴ Rancière coloca el discurso en un lugar estratégico de su pensamiento, éste permite que la política se lleve a cabo. La política es posible a partir de un desacuerdo sobre los datos de lo real que se manifiesta en el discurso. La política se basa en una relación entre grupos, comunidades, etc., que habitan en un mismo territorio. No obstante, su posición teórica nos sirve para apuntalar parte de nuestro argumento.

guaje no es unívoco, por ejemplo, las palabras que se emplean para elaborar un discurso sobre la “verdad”, entendida en términos de adecuación, son las mismas que se emplean en el lenguaje poético, el cual excede por mucho las dichas pretensiones. De igual manera, hace evidente que las apropiaciones sobre la lengua son siempre parciales y que el lenguaje puede y dice más de lo que el emisor quisiera.

El exilio como práctica es un ejercicio de poder que se ejecuta sobre los cuerpos y las vidas de algunas personas, la cual les hace imposible habitar en una determinada geografía. Por su parte, el exiliado como figura de pensamiento despoja al discurso del Estado nación de la pretensión de ser unitario y verdadero.

II

En el siglo xx, el exilio fue una medida que regímenes autoritarios o dictatoriales emplearon para desarticular las resistencias y oposiciones que se generaron dentro de sus fronteras. Fue el medio de expulsar del “cuerpo social” lo considerado nocivo o pernicioso con la intención de depurarlo de un mal interno.

Dentro de la narrativa oficial, una de las figuras que ponía en riesgo la unidad nacional era el compatriota que asumía la lucha por el poder sobre el discurso, se generalizó una arenga que hacía del disidente un factor de desestabilización de los Estados nacionales. Aunado a él, se encontraban aquellos a quienes se había arrebatado la posibilidad de decir, de ser escuchados, y el valor de su discurso.

En un detallado análisis sobre la conformación de los Estados nacionales en Europa oriental, Hannah Arendt (*La decadencia*) analiza el papel fundamental del Estado nación en el establecimiento de los derechos ciudadanos y de los llamados derechos humanos. Por primera vez en la historia, los Estados podían quitar la ciudadanía a grupos enteros de personas, generando con ello movimientos migratorios de amplia escala, situación que preludiaba la actual crisis de refugiados. De manera esperada, los apátridas buscaban protección en países que difícilmente cobijaron a los demandantes; los campos de internamiento fueron para muchos el único espacio habitable, cercado por un país que los mantenía al margen y otro que los expulsaba.

En este sentido, la identidad sustentada en la ciudadanía, la pertenencia a un determinado territorio, se resquebrajaba, y con ella, señala la autora, la pertenencia a la gran familia humana. “Como la humanidad, desde la revolución francesa, era concebida a imagen de una familia de naciones, gradualmente se hizo evidente que el pueblo, y no el individuo, era la imagen del hombre” (Arendt); y si la pertenencia al pueblo era suspendida, ¿podía asegurarse la condición humana de dichos seres?

La exiliada judío-alemana argumenta que el carácter inalienable de los derechos del hombre radicaba en una instancia abstracta, que en términos prácticos no parece existir en ninguna parte, y cuya existencia se sujetaba al pueblo del que formaba parte.

Es decir, se estableció un vínculo ineludible entre los derechos del hombre y los del ciudadano. Los derechos se ejercen dentro de un espacio determinado por las fronteras políticas, fuera de ellas suelen convertirse en meras abstracciones. Tal situación explicaría la condición de vulnerabilidad a la que se enfrentan los exiliados/refugiados. En términos teóricos, aquellas personas que se alejan o son expulsadas de sus lugares de residencia conservan intactos los derechos que su condición de humanos les garantizan, sin embargo, es necesario pugnar para que otro Estado se comprometa a hacerlos valer, lo cual no necesariamente se lleva a cabo, no obstante la política de cuotas que los tratados internacionales establecen.

Las crisis de refugiados evidencian la fragilidad de los derechos humanos frente a las fronteras; esta situación, cada vez más recurrente, genera franjas territoriales aisladas del resto de los países en donde las necesidades elementales de grupos humanos no son garantizadas. Y si bien el ciudadano pueda pensarse desligado del Estado moderno, (por ejemplo, bajo la premisa kantiana de un ciudadano universal), parece un contrasentido concebir al Estado sin el concepto de ciudadanía.

Podemos pensar que la Unión Europea se proponía como una alternativa para reformular la relación de las personas con las naciones de manera que pusiera en cuestión la pertenencia al suelo (entendido en el sentido alemán de Volk) a través del libre tránsito y residencia; sin embargo, acciones políticas como el *Brexit* señalan una tendencia opuesta: el resurgimiento del nacionalismo y la política de blindar las fronteras así lo demuestran.

Siguiendo a Arendt, el pensador italiano Giorgio Agamben piensa el exilio como un caso límite que pone en crisis las categorías fundamentales del Estado

nación, el nexo nacimiento-nación, hasta el del hombre ciudadano. El exilio implica el rechazo del otro, pero aquí el exiliado no es el otro que no comparte la lengua y la pertenencia a la tierra, sino quien por su decir o con su decir confronta el discurso oficial y la verdad aprobada por el Estado.

Es por ello que Agamben⁵ propone que el exilio es la relación jurídico-política originaria; empresa nada modesta en tanto rompe con la dicotomía política que plantea las relaciones en términos binarios amigo-enemigo. Es decir, el exilio al evidenciar la fragilidad del nexo ciudadano-nación, y con ella el centro sobre el que se construye la soberanía moderna, hace necesario replantear los términos en que se establecen las relaciones jurídico-políticas.

Nos es dado considerar al exiliado una voz que interrumpe la equivalencia ciudadano-nación, problematiza aspectos claves para el pensamiento político, el pensamiento sobre lo político y sus discursos, por ejemplo, los postulados de la globalización que apelan a la libertad de fronteras.

III

“Exiliado es quien sufre el extrañamiento” (Agamben), la definición es interesante en tanto extrañar señala al menos dos condiciones del exilio, apartar a alguien o desterrarlo a un país extranjero y echar de menos o sentir la falta. Pero el extrañamiento también es una forma, retórica,⁶ utilizada por algunas corrientes artís-

⁵ Al final del texto, Agamben da un giro a la argumentación: partiendo de una lectura de Plotino, invierte la separación que sufre el exiliado, no se trata de la ruptura con la comunidad sino un proceso que se lleva a cabo en la subjetividad. Dicha inversión hace que la negatividad se torne felicidad y levedad, en tanto, evocando al *Fedro* de Platón, el camino hacia la verdad que implica la separación del alma y el cuerpo en la condena a muerte de Sócrates, puede interpretarse como un exilio. El argumento se apoya en la *Política* de Aristóteles en la que, señala Agamben, el *bios* del filósofo habrá de considerarse un extranjero, por no poder participar en la política “al igual que el exiliado hoy carecería de derechos políticos”, con lo anterior intenta aproximar la figura del exilio y la filosofía para reivindicar la dimensión política del exilio.

⁶ La tradición filosófica ha pensado que la retórica es una práctica instrumental cuya función es convencer o encantar al lector o escucha, cuyo sello distintivo es la elocuencia. Sin embargo, la retórica, la figuralidad retórica, no es un adorno o añadido del lenguaje, sino una parte constituti-

ticas para romper con las significaciones habituales. Si se me permite, podríamos proponer que la figura del exilio extraña los discursos que desde saberes como el filosófico o del poder político se generan; es decir, los pone en cuestión al cuestionar los significados que promueven como verdaderos y válidos; por ejemplo, el carácter unitario del Estado y de los discursos que lo respaldan.

Una figura retórica es también una expresión que se desvía de la norma, es decir, que se sustrae a los usos considerados habituales, los cuales reproducen ejercicios de poder.

El exiliado es una figura que propone otro decir, tanto en un terreno empírico, la escritura de los exiliados expone un discurso que se contrapone y confronta a los aparatos oficiales y a sus significaciones. Y en un ámbito discursivo, la figura exilio/extranjería platea dificultades a la estructura del logos entendido en sus dos acepciones, como pensamiento y como palabra. Él, el exiliado, es otro dentro de la estructura estatal que rompe el carácter ideal, la idea, de que existe una unidad discursiva.

Diversos autores han reconocido que el pensamiento filosófico occidental se ha afanado por dar cuenta de la unidad del Ser, es decir, de la identidad de lo que es frente a la multiplicidad, para tal empresa un punto problemático ha sido la relación entre lo que es idéntico a sí mismo y lo diferente. Si bien este problema se ha planteado en

va del mismo. Habrá que pensar, siguiendo a De Man, si las metáforas ilustran el conocimiento o si el conocimiento está formado por metáforas. Es decir, es menester pensar si tanto el lenguaje que se ha empleado para dar cuenta de la verdad como lo verdadero no están estructurados por metáforas y otras figuras que exponen su irreductibilidad.

A través de un análisis riguroso de algunos textos canónicos para la filosofía, Paul de Man muestra cómo el lenguaje que ha renegado de la figuralidad está habitado por ella. El autor belga hace patente que el lenguaje dice más de lo que el autor se plantea decir, e incluso en ocasiones dice otra cosa, excede la voluntad del autor. Pero no sólo esto, lo más importante para nuestros fines es que hace evidente el carácter indómito del lenguaje y la posibilidad de asegurar que existe en él algo inasible que permiten poner en cuestión tanto las formulaciones canónicas u oficiales, como los discursos hegemónicos. De Man llamó a esto el “poder disruptivo del lenguaje”, esto es, la forma en que la retórica hace imposible sostener nuestras certezas con respecto a un lenguaje claro y unívoco, al tiempo que plantea la duda sobre la objetividad y transparencia del discurso.

La figuración se cuela en el lenguaje desmontando el sentido propio, si vamos un poco más atrás temporalmente, Nietzsche nos dice que la apelación al sentido propio es infructuosa, en tanto el lenguaje se ha formado por metáforas que con el paso del tiempo perdieron su carácter de figuración y se tomaron, bajo la forma del concepto, en verdades.

términos metafísicos y ontológicos, posee una dimensión ética y, de manera relevante, una política en la medida que ha organizado las relaciones entre los sujetos.

Rancière señala que la filosofía ha colocado la política dentro del régimen de lo Uno, distribuido en partes y funciones. Si bien él está pensando en Platón, nosotros, dada su contundencia, proponemos como ejemplo a Schmitt, quien sostenía que “La fuerza política de una democracia se revela en que sabe apartar o mantener alejado lo extraño y desigual, lo que amenaza la homogeneidad”, es decir, pondera la unidad de la comunidad mediante sus rasgos identitarios que dejan de lado lo extraño o ajeno. Esta ha sido la forma en que los estados nacionales se constituyeron, lo relevante es que mantienen este rasgo como definitorio. Incluso la Unión Europea que se concibe como una entidad transnacional que supera la organización nacional, sostiene la necesidad de proteger sus fronteras. “Europa para los europeos” parece ser la frase que subyace a su política frente a la migración. Esta postura supone prácticas compartidas y sobre todo una ideología en común, es decir, postula la unidad por sobre las diferencias, no obstante que un acercamiento más detallado muestre las aporías subyacentes a estos planteamientos.

Ahora bien, el exiliado/extranjero no cuestiona únicamente las condiciones del lugar de partida, sino del de llegada. Pensemos, por poner sólo un ejemplo, en Brecht y en la situación de acoso experimentada durante el último periodo que radicó en los Estados Unidos a consecuencia de su decir, el cual contraponía el discurso estatal.

En este sentido, el exiliado/extranjero obliga a revisar los términos en que se establece la relación con el otro, ya sea por una cuestión elemental, los derechos que le asisten o porque ese otro replantea la pregunta sobre el nosotros. El “otro” o la “diferencia”, aquí los usamos de manera indistinta no obstante sus diferentes raíces teóricas (Hernández), está irremediablemente implicado(a) en los procesos de identificación que gobiernan lo propio de la cultura, no sólo porque los Estados nacionales se han construido sobre la diversidad para después negarla⁷ —ejemplo de ello

⁷ Al respecto es relevante el análisis realizado por Arendt en relación a los graves problemas demográficos y políticos resultado de la imposición de estados nacionales a naciones con culturas diversas, ente cuyas fatídicas consecuencias se cuentan las guerras de los Balcanes (*Los orígenes del totalitarismo*).

son las intenciones independentistas de diferentes regiones, por ejemplo españolas, que no se reconocen como parte de la organicidad estatal—; además, porque una pregunta de esta índole, al ser planteada dentro de los grupos humanos abre la posibilidad de reconocer que la otredad o la diferencia son constitutivas del “nosotros”, porque ¿quiénes somos “nosotros” sino una conjunción de muchos “otros”?

Finalmente, considerar al exilio y al exiliado como figuras implica pensarlas en su singularidad, es decir, las maneras en que el discurso, las cosas que evidencia o visibiliza y sus posibilidades para transformar o no cierto estado de las cosas están en función de las condiciones de su aparición. No hablamos de conceptos universales y abstractos, sino de figuras plurales y diversas en su constitución histórica.

El exiliado tendría que ver con un uso impropio del lenguaje; y la impropiedad deja ver que la propiedad es una regulación del discurso.

Circe Rodríguez Pliego (aurincrp@gmail.com)

Licenciada en Artes Visuales, maestra y doctora en Filosofía con especialidad en estética por la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus líneas de investigación se centran en el arte contemporáneo; los problemas estéticos contemporáneos; así como las relaciones que se establecen entre el arte, la política y el pensamiento estético. Cuenta con experiencia docente a nivel bachillerato, licenciatura y posgrado en materias prácticas relacionadas con la producción artística, y teóricas vinculadas al pensamiento estético, la historia del arte y la filosofía.

OBRAS CITADAS

Arendt Hannah. “La decadencia de la Nación-Estado y el final de los derechos del hombre”. *Los orígenes del totalitarismo*. Trad. Guillermo Solana. México: Taurus, 2004.

Austin, John. *Cómo hacer cosas con palabras*. España: Paidós, 1998.

- Agamben, Giorgio. “Política del exilio”. *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* 26–27 (1996). Barcelona. 41–52.
- Balibar Etain. *La institución de la verdad*. Hobbes y Spinoza. 2012. Web. 13 de junio de 2017. <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imprimir_55_1.html#>
- Lezaola, Javier. “¿Exiliados o emigrantes?”. *eldiario.es*. 24 de abril del 2015. Web. 12 de junio de 2017. <http://www.eldiario.es/norte/cantabria/primerapagina/Exiliados-emigrantes_6_380471974.html>
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. 6a.ed. Barcelona: Tusquets, 2011.
- Hernández, Donovan. “Formas de la alteridad: un reto epistemológico y político”. *Andamios* 8.16 (2011). <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=s1870-00632011000200002>
- Man, Paul de. *La ideología estética*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Rancière, Jacques. *El desacuerdo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1996.
- Reyes, Graciela. *El abecé de la pragmática*. 4ª. ed. Madrid: Arco, 2000.
- Villegas, Armando. *La propiedad de las palabras*. México: Juan Pablos Editor, 2014.